

MATERNIDAD EN LA ACADEMIA. VIVIR CORRIENDO COMO CENICIENTA PARA NO MORIR EN EL INTENTO. HACIA LA DESNATURALIZACIÓN DEL ORDEN DE GÉNERO MASCULINO EN LA UNIVERSIDAD

MATERNITY IN THE ACADEMY. LIVE RUNNING LIKE CINDERELLA NOT TO DIE IN THE TRY. TOWARDS THE DENATURALIZATION OF THE MALE GENDER ORDER AT THE UNIVERSITY

Aranzazú Esteva Romo

Resumen:

Este escrito aborda mi autobiografía como mujer, madre y académica en la universidad, desde aportes hechos por estudios de género sobre la universidad y desde el planteamiento de Pierre Bourdieu acerca de la dominación masculina. Es una invitación que se une a las voces que apelan por la visibilización, desmitificación, desnormalización y desnaturalización del orden de género masculino que, a pesar del discurso de inclusión y equidad, sigue dominando en el recinto universitario. Porque, ya no quiero vivir corriendo como *Cenicienta* cuando el reloj marcó la medianoche. Ya no quiero vivir en la ambigüedad entre ser madre y ser académica. No más conflicto y no más culpas por no cumplir con las expectativas sociales de dos roles que aparentemente se oponen. Ser madre en la académica no debería vivirse como un obstáculo. Mi propuesta va hacia una reconceptualización del orden de género, articulada con una transformación del capitalismo académico que nos aqueja a hombres y mujeres, y una revaloración de la paternidad.

Palabras clave: Maternidad, paternidad, academia, universidad, orden de género.

Abstract:

This writing addresses my autobiography as a woman, mother and academic at the university, from contributions made by gender studies on the university and from Pierre Bourdieu's approach to male domination. It is an invitation that joins the voices that appeal for the visibility, demystification, denormalization and denaturation of the masculine gender order that, despite the discourse of inclusion and equity, continues to dominate on the university campus. Because, I no longer want to live running like Cinderella when the clock struck midnight. I no longer want to live in the ambiguity between being a mother and being an academic. No more conflict and no more blame for not meeting the social expectations of two seemingly opposing roles. Being an academic mother should not be experienced as an obstacle. My proposal goes towards a reconceptualization of the gender order, articulated with a transformation of academic capitalism that afflicts men and women, and a reevaluation of paternity.

Keywords: Maternity, paternity, academy, university, gender order.

Introducción

Como la *Cenicienta* que sale corriendo del baile porque el reloj está marcando la medianoche y el hechizo llegará a su fin, entonces su vestido de doncella volverá a ser el sucio y roto que porta todos los días, los lacayos regresarán a ser sus amigos los ratones, y la carroza de nuevo tomará forma de calabaza. Así me siento cada vez que tengo que dejar a mi hijo en la escuela para correr a una reunión con colegas, al seminario que coordino, o a la asesoría de algún estudiante, dejo de ser mamá para ser profesora e investigadora de tiempo completo o, mejor dicho, la doctora. Y cuando el reloj marca la una de la tarde, otra vez debo salir disparada a la escuela, pero ahora voy a la inversa, dejo de ser la doctora para ser mamá. Llegamos a casa donde soy la ama, entonces cocino, sirvo, recojo y limpio mientras atiendo las necesidades, las historias y los deberes de mi hijo. Por ahí de las cuatro de la tarde puedo transformarme en la doctora, atender algún pendiente por teléfono, por mail o por videollamada, revisar tareas, avances de tesis, buscar información o leer sobre los temas que estoy

trabajando. Hacia el final de la tarde, vuelvo a mi rol de mamá para dar de cenar, vigilar el baño y acompañar la dormida. Si hay muchos pendientes académicos, hago una última metamorfosis y a eso de las nueve de la noche estoy frente a la computadora. Algunas jornadas me quedo más tiempo en la universidad, mientras mi hijo está en casa de algún amigo. Mis días transcurren en ese trajín, que se intensifica hacia la mitad de la semana y baja durante el fin. Y claro, en esos andares he perdido más de una zapatilla, por ello muchas veces ando cojeando, entre ser madre/ama de casa/académica no logro estar al cien en todo.

Pero ¿por qué me quejo? A pesar de ser mujer y madre en una sociedad que históricamente se ha basado en una estructura de dominación masculina (Bourdieu, 2021), soy una mujer y madre *blanca* -bueno, medio blanca pues, al fin y al cabo, soy latina- con privilegios de clase, de capital cultural y con un puesto académico universitario. Mi caso no es el único, y está muy lejos de estar entre los peores. Las madres trabajadoras viven así de aceleradas y se han convertido en multi task, incluso en algunos sectores apenas si ven a sus hijos. Puedo pensar en una indígena que pide dinero en el semáforo, en una empleada doméstica, en una obrera, en una mesera, en una prostituta, en una secretaria, en una directora, en una ejecutiva. Pensar en las madres que tienen dos, tres, cuatro, cinco hijos. O pensar en millones de mujeres que no tienen la red de apoyo que yo tengo. En fin, no soy ni la primera, ni la última. No soy víctima. Cuando converso con amigas, colegas o conocidas del medio universitario que también son madres, su reacción es de *así estamos todas*. Muchas con cargos directivos, en puestos administrativos, dentro del Sistema Nacional de Investigadores o con más años de experiencia. Sin embargo, justo creo que desde el privilegio se puede y debe reflexionar, pensar, cuestionar, discutir, manifestar, denunciar y proponer.

A partir de estudios de género sobre las universidades (Buquet et.al, 2014) y de mi experiencia como universitaria, puedo ver que normalizamos muchas de nuestras prácticas cotidianas en tanto mujeres/madres/académicas, como vivir corriendo, ser multi task y que, aun así, no sea suficiente para estar, cumplir y sentirse bien en esos diferentes roles. Detrás de ello, está la naturalización de un orden de género masculino universitario, creado desde una postura de supremacía, poder y dominio que implica estructuras y violencias simbólicas institucionalizadas, dentro del cual, de diferentes maneras, todas y todos somos partícipes.

Por razones personales, históricas, socioculturales, políticas y epistemológicas, decidí escribir este texto sobre la relación entre las implicaciones de ser madre/académica en la universidad y el orden de género masculino que impera en la universidad, a fin de aportar a la desnaturalización de ideas, concepciones, discursos, estereotipos, acciones y situaciones. Parto del recordatorio, reconocimiento y visibilización de una historia de exclusión, de desigualdad y de control, con el fin de desmitificar dicho orden, justificado en una supuesta condición biológica y cognitiva de inferioridad que determina la división “natural” del trabajo. Entonces dar un paso más, e invitar a hombres y mujeres a continuar con la transformación del pensamiento, de la estructura social y la estructura universitaria que nos han impuesto a lo largo del tiempo.

Para ello, retomo y comparto un poco de mi propia vida, mi postura, mi sentir, mis cuestionamientos y, al mismo tiempo, me sumo a las mentes y a las voces que desde hace años han estudiado y mostrado que la feminización de la universidad (Palomar, 2017) no ha eliminado desigualdades, exclusiones y discriminaciones, porque se mantiene, insisto, una dominación masculina. En este contexto, advierto y coincido con Bourdieu cuando menciona:

Al estar incluidos, hombres y mujeres, en el objeto que nos esforzamos en delimitar, hemos incorporado, como esquemas inconscientes de percepción y de apreciación, las estructuras históricas de orden masculino; corremos el peligro, por tanto, de recurrir, para concebir la dominación masculina, a unos modos de pensamiento que ya son el producto de la dominación. Sólo podemos confiar en salir de ese círculo si encontramos una estrategia práctica para efectuar una objetivación del tema de la objetivación científica (p.17).

En su caso él eligió como objeto de estudio a la sociedad mediterránea cabileña, diferente a la suya, en donde el androcentrismo permanecía de manera más evidente a la observación superficial que en otras, especialmente que en la suya. Sin embargo, en el mío, soy parte del mundo que estudio, e inicio desde mi vivencia, así que, supongo, el reto de desnaturalizar y desnormalizar es mayor. Cómo reconocer las partes para entender el todo, cómo alejarse para ver el fondo. En este momento, curiosamente, haré uso de su mirada teórica-conceptual masculina.

A fin de abordar el fenómeno, comienzo con una aclaración de tipo epistemológico, después hago una breve referencia a la historia de la feminización de la universidad, para centrarme en un tercer apartado en la maternidad dentro de la academia. Y termino con un planteamiento muy general acerca de lo que visualizo como desnaturalización del orden de género masculino en la misma universidad.

Como reflexiones finales voy un poco más allá y expongo una relación entre la reconstrucción del orden masculino universitario, la transformación del capitalismo académico y la inclusión de la paternidad, con la intención de poner en la mesa que, tanto mujeres como hombres universitarios podemos unirnos para eliminar la perversidad de la dominación que nos constriñe, a partir de repensar (Díaz-Barriga, 2021), descolonizar (Boaventura, 2021), y reinventar a la misma universidad. Ya que, desde mi perspectiva, en el contexto institucional actual, tanto dominantes como dominadas estamos siendo presas de la voracidad y la ceguera de la tecnocracia educativa. Un cambio sistémico de este tipo debería implicar un nuevo orden de género que apueste por un equilibrio.

Preámbulo

Aclaro que el presente escrito representa en mi andar como investigadora un primer paso, intento y acercamiento al tema en cuestión. No soy experta en estudios de género, ni en feminismo, ni soy activista. En mi juventud leí a Simone de Beauvoir (1991) y me marcó su célebre frase *on ne nait pas femme, on le devient* -uno no nace mujer, se vuelve-, que sigue dando vueltas en mi cabeza. También conocí la vida y obra de Virginia Woolf (1991), en especial me movió su conocido ensayo *Una habitación propia*, donde a la pregunta ¿qué necesitan las mujeres para escribir buenas novelas?, responde que ante todo independencia económica y personal; pues cada vez que logro articular todo lo necesario para aislarme de mis deberes de ama de casa, madre, profesora y trabajadora universitaria, y poder escribir, como lo estoy haciendo, en una habitación propia, pienso en ella. He aquí mi único contacto con mujeres feministas blancas occidentales que han dejado huella y que siguen siendo referentes en esta historia.

Hace un par de años llegó a mis manos el libro colectivo *Intrusas en la universidad* (2014) escrito por un grupo de reconocidas académicas de la UNAM del antes Programa Universitario sobre Estudios de Género PUEG, hoy Centro de

Investigaciones y Estudios de Género CIEG, y me sentí completamente identificada con los resultados de la encuesta que aplicaron a profesores, profesoras, académicas y académicos acerca de sus labores profesionales y personales, los cuales arrojaron que las mujeres dedican más tiempo al hogar, a la crianza y menos al trabajo académico, que los hombres. También me miré en los estudios que ha realizado Cristina Palomar (2017) sobre la historia de la femenzación en la universidad y la permanencia del orden de género masculino en la misma, en especial en uno que dedicó a la maternidad en el mundo académico (2009). Este último me llevó a corroborar y nombrar lo que no había podido conceptualizar y expresar en palabras, es decir, estamos normalizando un orden de dominación masculina que se presenta como inclusivo, equitativo y universal. Y que la mayoría de las veces, ni las académicas podemos o queremos verlo y cuestionarlo.

En este despertar, como mencioné, curiosamente el pensamiento de un hombre llamado Pierre Bourdieu me ha permitido empezar a ver en lo micro y en lo sutil la violencia simbólica de esta institución universitaria, que durante siglos fue exclusiva para hombres, respondiendo a la vez a un orden de pensamiento, sociocultural, económico y político en el cual la mujer no tenía derecho ni a la educación, ni al conocimiento y mucho menos a su creación. Recordemos que por culpa de Eva fuimos expulsados del *paraíso*, pues pecó al morder la manzana del saber, y desde entonces las mujeres fuimos condenadas a ser subordinadas de los hombres y a parir con dolor. En un primer momento al leer su obra *Homo academicus* (2009) me pregunté ¿qué pasa con nosotras las académicas?, así, al igual que un grupo de investigadoras francesas (Molinier et. Al., 2016), me cuestioné si también es posible hablar de una *Femme academicus*. En un momento reflexioné acerca de la posibilidad de que las desigualdades actuales entre mujeres y hombres en la academia, tuvieran que ver sólo con cuestiones de pensamiento, ¿construimos conocimiento de otra manera?, ¿es posible hablar de una epistemología femenina? En mis seminarios con estudiantes de posgrado, donde empiezo a estudiar la historia y la filosofía de la ciencia moderna occidental y los diferentes paradigmas científicos, se evidencia nuestra ausencia, ¿dónde hemos estado las mujeres en este proceso? Y entonces he constatado que en realidad es una historia de poder y de colonización. Muchos siglos estuvimos en la casa, hace apenas unas décadas comenzamos a pisar los espacios

universitarios dedicados a la enseñanza, al estudio y a la creación de conocimientos. Somos intrusas en un mundo tradicionalmente masculino. Todo ello claro que ha reprimido nuestra creatividad y genialidad en campos científicos y artísticos. Para pensar, sentir y crear se necesitan estructuras que permitan a ciertos individuos dedicarse a. Vuelvo a la imagen de la habitación y el dinero propios.

Fue a partir de su otro libro *La dominación masculina* (2021), que dejé de lado una postura biologicista y/o naturalista como respuesta a la desigualdad entre los géneros, para centrarme exclusivamente en lo sociocultural, político y sistémico. Así, refuto el aceptado supuesto de que en la universidad las mujeres no estamos en los cargos más altos, ni tenemos presencia cuantitativa en los niveles II y III del SNI, publicamos menos y somos mayoría en disciplinas sociales y de las humanidades, porque por nuestra naturaleza biológica le damos más peso a la familia y tendemos a elegir ciertos campos, en pocas palabras, sacrificamos nuestra profesión por la crianza y el hogar, al mismo tiempo que nos decantamos por las llamadas ciencias blandas. En contrapartida, desde una mirada femenina, este fenómeno se basa, insisto, en un orden sociocultural, no es respuesta a una determinada cualidad. Dichas preferencias son en realidad el resultado de una larga historia de dominación, que inició con el dominio del cuerpo.

Hasta aquí mis lecturas y mis conocimientos sobre el tema y el campo, de ese modo, quiero dejar en claro que mi referente teórico está en creación. Siendo entonces esta experiencia de escritura un acto de valentía o de insensatez, depende del cristal con el que se mire, pero sobre todo la considero como mi iniciación en los estudios llamados de género acerca de la universidad. Motivada por mi propia vivencia, por los sentimientos encontrados de ver que los textos que leo fueron escritos por pensadores, científicos y académicos, que mis colegas varones tienen más tiempo para leer, pensar y escribir, todo ello a pesar de que, cotidianamente en las aulas y los pasillos convivo con muchas mujeres.

Mujer y Universidad: historia de dominación masculina

Cuando miro hacia el pasado, me cuesta creer que, durante siglos, en diferentes sociedades, culturas y civilizaciones, las mujeres no tuvieron acceso, ni derecho a una educación formal, escolar, institucional, ni a ciertos tipos de conocimientos y saberes sobre el Universo, el plantea, la especie y la sociedad. En este tenor,

la universidad como un espacio *de élite* para el conocimiento del mundo occidental, fue creada por y para hombres a finales del medioevo. Las primeras estuvieron en Bolonia y en París, con el tiempo se crearon en otras ciudades europeas y en otras regiones del mundo. Desde entonces se ha constituido como una institución reproductora de ese orden de género masculino fundacional. Así, fue bien entrado el siglo XIX que, en Estados Unidos y en algunos países europeos, un número contado de mujeres lograron ser aceptadas en sus aulas como estudiantes, en especial en las carreras de medicina y derecho. No obstante, debían tener permisos especiales, no recibían títulos para ejercer la profesión estudiada, su estatuto era simplemente honorífico (Palomar, 2017). Y el costo social podía ser alto para aquellas atrevidas, por ello el dicho que retomó Rosario Castellanos (2003) que dice *mujer que sabe latín, no tiene marido ni buen fin*. Si bien, en la primera mitad del XX comenzaron a entrar más mujeres, las restricciones se mantuvieron, y sólo ocuparon puestos de profesoras y catedráticas bien entrado el siglo. Simone de Beauvoir en sus memorias relata cómo en los años de la postguerra, era la única mujer en la sala de la Biblioteca Nacional de Francia. Y qué decir de la siguiente anécdota de Virginia Woolf (1991), cuando paseaba por una famosa universidad por ahí del año de 1928:

Me encontraba ya ante la puerta que conduce a la biblioteca misma. Sin duda la abrí, pues instantáneamente surgió, como un ángel guardián, cortándome el paso como un revoloteo de ropajes negros en lugar de alas blancas, un caballero disgustado, planteado, amable, que en voz queda sintió comunicarme, haciéndome señal de retroceder, que no se admite a las señoras en la biblioteca más que acompañadas de un "fellow" o provistas de una carta de presentación. Que una famosa biblioteca haya sido maldecida por una mujer es algo que deja del todo indiferente a una famosa biblioteca. Venerable y tranquila, con todos sus tesoros encerrados a salvo en su seno, duerme con satisfacción y así dormirá, si de mí depende, para siempre. Nunca volveré a despertar estos ecos, nunca solicitaré de nuevo esta hospitalidad, me juré bajando furiosa las escaleras (p.13).

Es a partir de la década de 1970 con la masificación de las universidades, en respuesta a una política pública basada en un discurso liberal y democrático, que arranca el fenómeno de feminización universitaria. Pasaron ocho siglos

para que las mujeres pudiéramos ser admitidas sin aparentes condiciones. ¡Ochocientos años! Esta cifra me parece que evidencia de manera contundente la naturaleza conservadora y elitista de una institución que se ha pretendido un lugar para la creación y recreación de pensamientos humanistas, liberales y, como su propio nombre lo indica, universales. Porque hasta hace poco, lo humanista, lo liberal y lo universal correspondía sólo al género masculino, blanco, occidental y heterosexual. Ocho siglos de exclusión es un hecho que me explica la permanencia de fuertes contradicciones dentro de la misma (Buquet et. Al., 2014).

Ante ello, comprendo entonces que la historia del feminismo no comenzó en estos espacios de conocimiento y de educación. Las expertas reconocen históricamente cuatro olas feministas, la primera se dio en el campo de los derechos civiles y laborales del XIX, en la cual las obreras tuvieron una actuación primordial. La segunda con los movimientos de contracultura de la década de 1960, donde las jóvenes jugaron un rol importante. Es en la tercera, ubicada en los años ochenta, que se da dentro de los recintos universitarios a través de los llamados estudios género. Y la cuarta ola que estamos viviendo a partir de la aparición del movimiento *MeToo* que arrancó en el 2017.

Los estudios de género sobre las universidades, esto es, acerca del rol de la mujer dentro del mundo universitario actual, realizados durante las últimas tres décadas, han mostrado que, a pesar de los números crecientes de la presencia femenina, tanto como estudiantes, profesoras, académicas, administrativas y directivas, el orden de género estructural y simbólico sigue favoreciendo a los hombres. Contradicen al discurso que sostiene la inclusión y la equidad de género en la universidad contemporánea. En palabras de Cristina Palomar (2017), la feminización universitaria no ha erradicado la discriminación y la desigualdad.

De entrada, los números, las cifras y las estadísticas muestran que sigue existiendo segregación en los niveles académicos y directivos más altos, así como en los espacios de las ciencias llamadas duras como física, química, matemáticas y en los de las tecnologías como las ingenierías (Buquet et. Al., 2014). Horizontal y verticalmente hay diferencias numéricas. Entonces, el mismo discurso políticamente correcto renueva y actualiza argumentos de dominación masculina históricos, para asegurar que tales evidencias cuantitativas son porque las mujeres no queremos y no podemos, pues nuestra naturaleza biológica nos hace

más apegadas a la crianza, a la familia y al hogar, de tal manera, que somos más propensas a priorizar nuestras vidas personales (Buquet et. Al. 2014). Confieso que en algún tiempo me lo creí.

En contrapartida, investigaciones de corte cualitativo, interpretativo y particular han dejado ver una serie de *micro inequidades*. Las segregaciones dentro de la universidad de hoy tienen que ver con la misma construcción histórica y sociocultural del orden masculino, a través del cual se estableció una división “natural” del trabajo, en respuesta a la diferencia de los cuerpos, de las funciones biológicas y de una fuerte creencia de que el hombre es más inteligente que la mujer. La flexibilización de la división sexual del trabajo debida a los logros de las luchas feministas en materia de derechos civiles, sociales, laborales y humanos se produjo más hacia el lado de las mujeres, pues en la práctica su incorporación al mercado laboral y su contribución monetaria al hogar no implicó que los hombres cooperaran de la misma forma en las cuestiones domésticas y de crianza. Surge la famosa jornada doble, o triple. Ahí está la *Cenicienta* corriendo. Las encuestas y las entrevistas muestran que las mujeres universitarias, tanto profesoras, académicas, administrativas y directivas, dedicamos mucho más tiempo a deberes familiares que los profesores, académicos, administrativos y directivos. A ello se agregan sutiles, pequeños y cotidianos actos de discriminación, sexismo, hostigamiento y acoso hacia las universitarias que, al final, tienen un gran peso en el desempeño y en el desarrollo profesional de nosotras las mujeres (Buquet et. Al., 2014; Palomar, 2017).

Los estudios sobre género y las teorías feministas han causado polémicas y confrontaciones, pues al momento de cuestionar el orden social, estructural, simbólico y universal impuesto por los hombres durante milenios, es obvio que comenzaron a surgir, por un lado, resistencias y defensas de los machos y, por otro, enojos, rabias, dolor y ataques de las hembras. Extremismos, acusaciones, negaciones, minimizaciones, discusiones, confrontaciones, contradicciones, diálogos, intercambios, búsqueda de equilibrio, tomas de conciencia. Poco a poco autoridades de organismos internacionales, de los sistemas educativos nacionales y de universidades en todo el mundo, se han visto obligadas a ir construyendo y estableciendo un discurso políticamente correcto, así como han comenzado a crear y a aplicar una serie de políticas de género. Cursos y capacitaciones sobre sensibilización en materia de equidad de género, protocolos para

actos de violencia de género, discriminación positiva en la contratación de personal del sexo femenino (Buquet, 2011). Y ¿qué tanto están transformando el orden de dominación masculina? El tiempo lo irá diciendo. Por lo pronto creo que se necesitan más estudios, tomas de conciencia, desmitificaciones, a fin de seguir con el proceso de visibilización de las micro inequidades, y con su comprensión profunda y sistémica.

Maternidad y academia: mito, desigualdad, discriminación, ambigüedad y culpas

Dentro de este fenómeno una de las situaciones que, a mi parecer, es de las más polémicas, es el de la maternidad. A lo largo de mi trayectoria como universitaria, esto es, en tanto estudiante, ayudante de investigación, posdoctoranda, profesora de asignatura y profesora-investigadora, comencé a cuestionarme y a preocuparme por las desigualdades de género en el momento en que me convertí en mamá. Aquí algo está pasando me dije. Yo no quiero, ni puedo avanzar a la par que mis colegas hombres, mujeres que no son madres, o mujeres madres que dejan mucho tiempo a sus hijos e hijas a cargo de alguien más. ¿Es una cuestión biológica, está en mi naturaleza femenina, es una elección personal? Fueron mis primeras inquietudes. Pero, el hecho que me hizo decidir comenzar a estudiar la maternidad en el mundo académico universitario, es decir, en mi propio ámbito laboral, fue cuando por razones de organización familiar tuve que llevar a mi hijo de nueve años a las sesiones semanales de uno de los seminarios que coordino semestralmente. No es de mi interés dar detalles sobre cómo manejé la situación. En un momento me enteré que una o uno de los estudiantes, de manera, supongo e interpreto, casual, mencionó que en general le gustaba mi seminario, pero que yo me distraía mucho con mi hijo. No voy tampoco a debatir o justificar esta afirmación.

Mi primera reacción fue denunciar la necesidad de un espacio recreativo dedicado a hijos e hijas de trabajadoras universitarias, para que mientras doy clases él pueda estar en un lugar cercano y seguro. Mi segunda fue comenzar a revisar qué se ha hecho acerca de esta situación. Sin hacer aún una búsqueda exhaustiva, encontré sobre todo artículos dedicados a la maternidad en estudiantes universitarias, volví a leer el libro de *Intrusas...* (Buquet et. Al., 2014) poniendo especial atención en el apartado sobre las madres académicas, pero fue el texto de Palomar *Maternidad y el mundo académico* (2009) que me permitió

constatar que el ser madre se vive como una desventaja, incluso se habla de *la pared de la maternidad* (Buquet et. Al., 2014).

Lo que más llamó mi atención es que los sentires, las posturas y las proyecciones de las académicas entrevistadas por Palomar son, como yo lo hice en una primera reacción, demandar espacios, licencias, apoyos y/o bonos, para poder desarrollarse en su carrera a la par de sus colegas. En dichos testimonios no encontré una crítica explícita al sistema, al orden, a la estructura, a lo simbólico. Esto me dio la claridad para ver que, en realidad, el meollo del asunto no está en ser o no madre, sino en la historia de dominación masculina universitaria que sigue aquí, como un fantasma, en las aulas, en los pasillos, en los cubículos, en las normas, en los valores, en las ideas, en las percepciones, en las concepciones, en las relaciones, en nuestros cuerpos. Las académicas estamos normalizando y naturalizando una construcción simbólica que podría y debería ser de otra forma. La maternidad y la profesión no tienen por qué oponerse. Ser madre no tiene que ser un obstáculo.

Vuelvo a lo que he dicho desde la introducción. La segregación horizontal y vertical de las mujeres en las universidades está basada en un mito ancestral acerca de la división “natural” del trabajo entre los sexos, especialmente en la creencia falsa y violenta de que los hombres son más inteligentes que las mujeres. En particular, el mundo académico de las universidades contemporáneas se ha diseñado y organizado a partir de la noción de profesores e investigadores hombres que disponen de tiempo completo, pues tienen a alguien que resuelve su vida doméstica y se encarga de sus hijas e hijos (Buquet et. Al., 2014). Ante ello, las mujeres lo que están haciendo es sobre exigirse para lograr los parámetros establecidos desde la racionalidad, la eficiencia, la eficacia y la producción masculina. Se considera entonces que sí una mujer madre llega a los niveles altos de la estructura universitaria, es resultado de un esfuerzo, una cualidad y una hazaña personal.

En las narraciones de las académicas que son madres se exponen las repercusiones negativas en sus trayectorias laborales por su condición (Palomar, 2009), estoy hablando de dificultades para responder a las demandas y a los requisitos a fin de obtener la definitividad, estímulos como el PRIDE en la UNAM, el Prodep en las universidades estatales, el ingreso al SNI, el ascenso a la categoría C, al nivel III, o para cumplir con las expectativas simbólicas que

les permitan ocupar cargos en la toma de decisiones. Asimismo, dejan ver claramente las implicaciones que alcanzar dicha superación profesional tienen en su bienestar, en su salud física y en su salud mental. Los sacrificios y los costos personales y familiares son altos.

Las académicas vivimos, me sumo a ese sentimiento, en la ambigüedad entre ser profesora-investigadora y ser mamá. Yo ya no quiero vivir corriendo como *Cenicienta* cuando el reloj marcó la medianoche, para dejar de ser doncella y convertirse en sirvienta. Sobre todo, ya no quiero vivir con culpas. También comparto el sentimiento manifestado por las entrevistadas, de no ser buenas madres debido a que dedicamos mucho tiempo a las diferentes demandas y sobredemandas de la academia. Lo peor es ver cómo ese esfuerzo no es suficiente para avanzar como los académicos con quienes compartimos espacios. Desde que soy mamá vivo con un sentido de responsabilidad sobre el devenir y el porvenir de mi hijo, muchas veces pienso que, si no lo materno como se debe, es decir, si no estoy con él, seguro tendrá traumas, podrá ser un inadaptado social, y en el peor de los casos un delincuente. Porque en el orden social simbólico masculino, se cree que los hombres que hacen algún mal o tienen problemas psicológicos, es porque seguro no tuvieron buenas madres. La responsabilidad y la culpa está en nosotras. Profesión y maternidad se vive como un conflicto.

En esta complejidad histórica, sociocultural, estructural, de orden, de creencias y de simbolismos donde el hombre ha dominado, en particular en el caso de la universidad, reconozco avances en la inclusión de las mujeres, pero también observo que todavía queda mucho camino por construir. En este sentido, me parece fundamental que mujeres y hombres dejemos de normalizar discursos, prácticas y situaciones, para continuar con la desnaturalización del orden de género masculino.

Desnaturalizar el orden de género masculino

Coincido con Bourdieu (2021) cuando reconoce su asombro acerca de la manera en cómo en la historia de la humanidad la dominación masculina se ha construido, impuesto, reconstruido y soportado, a través de la violencia simbólica asumida y aceptada, tanto por dominadores como por dominadas. Un orden sociocultural, económico y político que permeó espacios, instituciones, discursos

sos y prácticas. Que se estableció como universal, por ende, natural y pretendidamente eterno durante milenios, hasta que, hace tan sólo un par de siglos, las mujeres comenzaron a intentar revelarse y liberarse. Imposible negar que hemos ido ganado derechos, accesos y visibilidad tanto en lo privado como en lo público, de una manera que para algunas generaciones atrás era sencillamente impensable. No obstante, desde mi perspectiva, los cambios no han sido suficientes como para romper totalmente con la dominación masculina. El orden de género en el que vivimos mantiene aún el dominio de las concepciones, las perspectivas, los estándares, las expectativas, las normas y los valores de lo masculino. Se ha transformado, es decir, se ha flexibilizado y se ha abierto, pero con costos altos para las mujeres. Se nos permite estar presentes en espacios que antes nos eran prohibidos, se nos permite hacer trabajos que antes no, se nos permite hablar, opinar, decir, elegir lo que en el pasado era inconcebible, se nos permite decidir, vivir y andar libremente. Se nos reconoce. Sin embargo, de fondo, todo ello significa que las mujeres tenemos más funciones dentro del mismo orden masculino. Nos ganamos el derecho a masculinizarnos. Sí en el pasado no estábamos, ahora estamos, pero en un rol de intrusas. Entonces hoy tenemos un discurso de inclusión y de equidad de género, a través del cual se justifica que la dificultad de las mujeres para acceder con pleno éxito a ciertos trabajos, puestos y cargos es resultado de una elección personal, ligada a su naturaleza. Perdura el mito de que lo biológico ha determinado la división “natural” de las diferentes funciones de los sexos.

Para comenzar con un proceso de desnaturalización, considero que es importante hacer conciencia de lo plantea Bourdieu (2021):

Lo típico de los dominadores es ser capaces de hacer que se reconozca como universal su manera de ser particular. La definición de la excelencia está cargada, en cualquier ámbito, de implicaciones masculinas que tienen la particularidad de no aparecer como tales. La definición de un puesto, sobre todo investido de autoridad, incluye toda suerte de capacidades y de aptitudes sexualmente connotadas. Si hay tantas posiciones difíciles de ocupar para las mujeres, es porque están hechas a medida de los hombres, cuya virilidad está construida en oposición a las mujeres tal y como son actualmente. Para alcanzar plenamente cierta posición, una mujer tendría que poseer no sólo lo que exige explícitamente la descripción del puesto, sino también todo un

conjunto de propiedades que sus ocupantes añaden habitualmente al mismo, una estatura física, una voz, o unas disposiciones como la agresividad, la seguridad, la “distancia respecto al papel”, la llamada autoidad natural, etc., para las que los hombres han sido preparados en cuanto que hombres. En otras palabras, las normas con las que se valora a las mujeres no tienen nada de universales (p.82).

Como lo he plasmado en los apartados anteriores, la universidad en tanto institución social ha sido parte de esta historia de dominación y exclusión. Perteneció a una complejidad sistémica. Su estructura, organización, valores, normas y prácticas son una construcción sociocultural. Pero durante siglos se estableció que dicho orden era universal, natural e intocable y, al abrirlo a las mujeres, se sigue negando su particularidad, al contrario, se han reforzado, a través de una supuesta transformación expresada discursivamente, mitos, desigualdades y discriminaciones, manteniendo así la violencia simbólica. Una vez más hombres y mujeres somos partícipes, seguimos normalizando y naturalizando al mundo universitario masculino.

Mi postura es que tanto mujeres como hombres, sobre todo pienso en las nuevas generaciones de estudiantes, profesoras, profesores, académicas, académicos, administrativos y directivos, tenemos que seguir con la toma de conciencia de esta historia y de este orden de dominación, partiendo de la autoreflexión y la automirada. ¿Qué rol juego en este escenario? Por ejemplo, revisar lo que me pasó durante años, creerme y corporizar el discurso históricamente establecido universal que por mi naturaleza biológica no podía desarrollarme al mismo ritmo que mis compañeros académicos. Hay que seguir con la labor de desmitificación biológica. Sí somos diferentes, pero eso no justifica la desigualdad, la discriminación, ni la violencia. En este sentido mirar las micro inequidades, pero sobre todo desnaturalizar el discurso de inclusión y equidad de género, para develar lo macro, esto es, aceptar que la universidad sigue siendo un espacio creado por y para los hombres.

Considero entonces necesario un cambio de paradigma y estructural, que implica sumarse a planteamientos descolonizares, para repensar y reconceptualizar a la universidad de élite, occidental, masculina, tradicionalmente conservadora y recientemente tecnócrata. ¿Una multiversidad? (Boaventura, 2020). La transformación hacia un nuevo orden de género, que estoy pensando, por uno

más equilibrado y compartido, para lo cual me parece fundamental la participación de todas y todos. No se trata de plantear un orden donde ahora dominemos las mujeres. Y sí, suena a misión imposible, pues son milenios de un sistema, lo seguimos cargando, nos lo inyectaron en las venas, somos aún parte de. Sí lo que nos diferencia de otros seres vivos es la conciencia, empecemos por ahí. Sí esta conciencia nos permite ver lo simbólico, continuemos por ahí. Pero, sobre todo, sí esta dominación inició por el cuerpo, y la liberación también arrancó en el cuerpo cuando las mujeres tuvieron que ser empleadas en las fábricas, cuando se creó la píldora contraceptiva y se dio la revolución sexual, sigamos en ese camino de alcanzar la equidad de los cuerpos, lo cual, estoy segura, conlleva a otras liberaciones y a otros panoramas.

A manera de cierre: reconstruir el orden de género masculino, transformar el capitalismo académico e incluir la paternidad

Reconozco que no he dicho nada nuevo. Para empezar, mi experiencia, mi historia, mis anécdotas y mis sentires resuenan en más de una mujer, madre y académica. *Así estamos todas*. Además, desde finales del siglo pasado los estudios de género dejaron ver con claridad que las universidades a pesar de la feminización siguen siendo instituciones que funcionan bajo los estándares masculinos. No obstante, por un lado, me parece importante seguir sumándose a las voces en pro de la desnaturalización, y a las posturas que plantean una reconstrucción universitaria que, de diferentes maneras y a través de diversas expresiones, se han manifestado desde hace dos siglos. Las cifras dan cuenta de la casi paridad en el número de mujeres y hombres que transitan estos espacios. Ahora nos toca romper con las segregaciones horizontales y verticales, para lo cual me parece primordial mirar el orden dominante que las ha creado, sabiendo que esto es una cuestión histórica, sistémica y especialmente civilizatoria.

Antes de tomar conciencia de este orden de género y de interesarme por el fenómeno de la maternidad en la academia, mi trabajo de investigación lo había centrado en las políticas en educación superior y en el capitalismo académico. Me ubico en una postura crítica respecto al enfoque economicista, empresarial y tecnocrático que ha convertido a las aulas universitarias en lugares para la formación de capital humano, con el objetivo de seguir nutriendo al sistema con hombres y mujeres lo suficientemente eficientes y eficaces para mantenerlo. Un

sistema que además es responsable de la complejidad socioambiental en la que vivimos. En el caso de la academia intento en mi día a día, sin lograrlo, resistir al pensamiento meramente analítico, empírico, metodológico y funcional que concibe a la creación del conocimiento como un asunto lineal y de productividad. El orden y el mensaje son, ¡académicos y académicas produzcan más!, evidencien que hacen algo, ganen más puntos, obtengan más remuneraciones y prestigio, para pasar a la sala de la élite, en donde, como lo he mencionado, la mayoría siguen siendo varones. En tal contexto, pensar es sólo concebido como un acto productivo, concepción que lo anula en tanto acto político y para la transformación.

En este orden institucional masculino y capitalista, tanto mujeres como hombres estamos atrapados en un mundo de la rapidez, la inmediatez, lo superficial y la simulación en aras de una productividad donde el más es la meta. Si bien, también desde hace tiempo se ha visibilizado este fenómeno y se habla de repensar la universidad, de descolonizar la universidad o de un *slow professor*, seguimos naufragando (Freitag, 2004). Creo, pero aún me falta investigar y ahondar en mi idea, que la transformación del capitalismo académico debe ir articulada con la reconstrucción del orden de género en la universidad, o a la inversa, reconstruir el orden de género implica también un cambio en el capitalismo académico. No me parece nada casual que hayan sido mujeres, Slaughter y Leslie (1997) quienes lanzaron el concepto de *capitalismo académico*. Tampoco que sean dos mujeres Maggie y Bárbara (2022) las que están proponiendo un *slow professor*. Pues es sabido que el capitalismo es producto de un pensamiento masculino occidental (Federici, 2010).

¿Qué implica estos replanteamientos? Tardaré años en poder responder. Por ahora puedo ver que son muchas dimensiones las que están en juego. La universidad es un sistema abierto, esto es, forma parte de otros sistemas. Sin embargo, intentando centrarnos en ella, considero primordial seguir estudiando desde una mirada de género lo que en ella sucede y lo que la constituye. Continuar con la desmitificación, desnormalización y desnaturalización que mencioné repetidamente en las páginas anteriores. Esto se puede traducir en conversaciones, diálogos, discusiones, escritos, actos, prácticas, manifiestos entre hombres y mujeres acerca de la necesidad de replantear y reconstruir dicho orden, partiendo de una transformación del capitalismo académico, que necesariamente se articula con reconceptualizaciones y resignificaciones de la sociedad actual y de la función de la universidad. Expuesto así se observa complejo.

En especial, con esto cierro, creo que una acción concreta es comenzar a incluir la paternidad al orden de género universitario. No sólo se deben apoyar a las madres con bonos, permisos, licencias, programas y espacios, también a los padres. La flexibilización de la división “natural” del trabajo debe ser equilibrada, las mujeres nos “masculinizamos”, los hombres se “femenizan”. Biológicamente sus cuerpos también colaboran en la reproducción de la especie. Ellos también tienen mucho que aportar en la crianza y en el hogar. A partir de esta búsqueda de equilibrio podríamos replantear también estructuras universitarias. Los académicos son padres y esposos. Tal vez funcionaría como efecto domino, así, comenzar a encontrar una articulación más armónica entre trabajo, casa y crianza, entre la razón y lo emocional, entre la productividad académica y la construcción de conocimiento que lleva su tiempo.

Fuentes de información

- Beauvoir, S. (1999). *El segundo sexo. Hechos y mitos*. México: Alianza editorial.
- Berg, M. y Seeber, B. (2022). *The slow profesor. Desafiando la cultura de la rapidez en la academia*. Granada: Universidad de Granada.
- Boaventura, S. (2021). *Descolonizar la universidad. El desafío de la justicia cognitiva global*. CLACSO.
- Bourdieu, P. (2009). *Homo academicus*. México: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2021). *La dominación masculina*. México: Anagrama.
- Buquet, A. (2011). Transversalización de la perspectiva de género en la educación superior. Problemas conceptuales y prácticos. En *Perfiles educativos*. Vol. XXXIII. Pp. 211-225.
- Buquet, A. Cooper, J. Mingo, A. y Moreno, H. (2014). *Intrusas en la universidad*. México: UNAM.
- Castellanos, R. (2003). *Mujer que sabe latín*. México: FCE.
- Díaz-Barriga, A. (2021). Repensar la universidad: la didáctica, una opción más para ir más allá de la inclusión de las tecnologías educativas. En *Revista Iberoamericana de Educación Superior*. NÚM. 34. Vol. XII. Pp. 3-20.
- Federici, S. (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Freitag, M. (2004). *El naufragio de la universidad y otros ensayos de epistemología política*. México: Ediciones Pomares.
- Molinier, P., Rogers, R. y M.S, Rodríguez. (2016). *Les femmes dans le monde academique*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.

- Palomar, C. (2009). "Maternidad y mundo académico". En *Alteridades*. 19 (38). Pp. 55-73.
- Palomar, C. (2017). *Feminizar no basta. Orden de género, equidad e inclusión en la educación superior*. México: ANUIES.
- Slaughter, S. y Leslie, L. (1997). *Academic capitalism: politics, policies, and the entrepreneurial university*. Baltimore: John Hopkins.
- Woolf, V. (1997). *Una habitación propia*. España: Seix Barral.